

EL VOTO DE LA IZQUIERDA EN OCTUBRE

Claudio Katz

Repitiendo el patrón de recambio de las últimas dos décadas, la clase dominante refuerza la preparación de un plantel sustituto del fracasado gobierno actual. Al caer Alfonsín ascendió Menem, cuyo declinación generó la aparición de Álvarez y llevó a De la Rúa al poder. Ahora resurge Duhalde, reaparece Alfonsín y la tarea de cambiarle el maquillaje a la misma política recae sobre el dúo Carrió-Farinello. Pero lo novedoso del cuadro actual es la posibilidad que tiene la izquierda de transformarse en una alternativa política real.

Las condiciones para concretar este salto ya se han reunido, porque la resistencia popular contra el ajuste confluye con la radicalización de los sectores en lucha. Este giro es muy visible en los piqueteros, pero también se observa en los estatales y en menor medida en los trabajadores del sector privado. En el primer caso se ha pasado del reclamo aislado de “planes trabajar” al planteo organizado de no pagar la deuda externa y esta última exigencia comienza a aparecer también en los debates estatales sobre el seguro al desempleo.

La mayor receptividad hacia las propuestas de la izquierda comenzó a notarse en las elecciones porteñas de 1999 y se ha verificado nítidamente en el reciente avance de I.U. en Córdoba. Los partidos de izquierda tienen una marcada presencia en todas las movilizaciones callejeras desde en la marcha del 24 de marzo pasado, ocupan un lugar destacado en la dirección del movimiento piquetero, avanzan en los gremios y crecen entre el estudiantado. La izquierda también canaliza localmente la “protesta global” contra la mundialización capitalista y además, recepta el renovado interés por una opción socialista que está generando la declinación del neoliberalismo.

Las propuestas de la izquierda reciben mayor atención, porque el impresionante agravamiento de la crisis económica ha descolocado a todos los “partidarios del modelo”. Ya ningún político propone “hacer los deberes”, sino que hablan de “reprogramar la deuda” y cobrar impuestos a las empresas privatizadas. Carrió necesita adoptar una pose más irreverente que el Chacho para recrear las ilusiones en un “capitalismo sano” y Farinello desempolva las posturas críticas de los curas tercermundistas para resucitar el populismo nacionalista.

Pero la experiencia ya demostró que la presencia de este tipo de condiciones favorables no conduce por sí misma a un salto en la penetración de la izquierda, que le permita superar su histórica debilidad en el movimiento popular. Se requiere una política de crecimiento adecuada que implica, en primer lugar, evitar la disolución abstencionista en las próximas elecciones.

EL SIGNIFICADO DE LA ABSTENCIÓN.

El aumento de la tendencia a la abstención y al voto en blanco continúa recreando en muchos compañeros la ilusión que por esta vía progresará la izquierda. Se omite que el abstencionismo es un fenómeno contradictorio, que combina el repudio progresista a la política del Justicialismo y la Alianza, con la resignación e incluso la aceptación del mensaje reaccionario contra la política, que difunden los medios de comunicación. Esta campaña busca desviar la indignación popular hacia los funcionarios del sistema para proteger a sus dueños capitalistas. Por eso se despotrica contra las dietas y las jubilaciones de privilegio sin hablar de las comisiones de los banqueros, ni de las ganancias de las empresas privatizadas. Este desprestigio inducido de la política (“son todos iguales”) apunta a promover la indiferencia y la pasividad.

El voto en blanco es un síntoma de ruptura, pero también de sometimiento a las clases dominantes y por el momento resulta imposible discriminar cuál de los dos componentes tiene mayor peso. No presenta el inconfundible signo opositor que tuvo durante la proscripción del peronismo.

Dar la espalda al sistema electoral vigente constituiría en la actualidad un acción progresista, si por esta vía se apuntalara la construcción formas superiores de democracia política, como por ejemplo son las asambleas populares. Pero es evidente que esta problemática se encuentra todavía lejos de las disyuntivas populares, tanto por el carácter episódico o embrionario de esas modalidades, como por la preeminencia que mantienen los partidos de la burguesía sobre la mayoría de la población. Es equivocado contraponer las formas de democracia directa que surgen en distintas luchas con la participación en las elecciones corrientes. Por ambas vías se alimenta actualmente el desarrollo de la conciencia socialista.

Hay que tener en cuenta, además, que aunque el abstencionismo continúa aumentando todavía no supera el porcentaje prevaleciente en la mayoría de los países y tampoco expresa expectativas en alternativas de reorganización radical del sistema político derivadas por ejemplo de la convocatoria a una asamblea constituyente. Luego de las experiencias de los últimos años –tanto en el país como en Latinoamérica- no se vislumbra a la constituyente como una opción diferente a cualquier otra instancia comicial.

El desplome económico ha creado una crisis particularmente aguda, que incluye gran desmoralización, desconcierto y división en las clases dominantes. Pero dada la inviabilidad de una dictadura tradicional, este proceso continúa desenvolviéndose en el marco constitucional (cada vez más restrictivo, vaciado y militarizado), lo que refuerza a su vez la necesidad de participar en la disputa electoral. Incluso si la “crisis por arriba” desembocara en una situación más dramática que la guerra de las Malvinas o la hiperinflación, una salida progresista no dependería de la magnitud de ese colapso sino de la maduración de la “conciencia de los abajo”. Y este último problema (no la “crisis de poder” en la burguesía) es el principal desafío que afronta hoy la izquierda. El dilema sigue siendo cómo superar su escasa implantación popular para convertirse en una opción visible para el conjunto de los trabajadores. La abstención y el voto en blanco –en cualquiera de sus modalidades- conspira contra este objetivo prioritario.

Es incorrecta como política principista (“ningún partido me expresa”), como postura frente a una elección provincial constituyente (la conciencia popular en Córdoba no evoluciona de forma diferente al resto del país) y como posición frente a los comicios de un año pero no del siguiente (abstenerse en 1999 y presentarse en el 2001). Pero aunque participar en las elecciones es vital, tampoco esta intervención alcanza para materializar un avance si esta participación no es concebida como una apuesta a la masificación. Y por eso el problema de la unidad continúa siendo tan relevante.

LAS DISCUSIONES FRENTISTAS.

El replanteo de un frente de izquierda ante cada elección no expresa la preocupación insidiosa de los periodistas, sino una necesidad objetiva de las fuerzas socialistas que pretendan aumentar su inserción popular. Esta misma demanda es explícitamente formulada por las nuevas camadas de activistas que se suman a la lucha y participan de los comicios sindicales o estudiantiles. Por eso, aunque se declare que “la división es irremediable” o que “a nadie le interesa”, la expectativa en la unidad de la izquierda reaparece una y otra vez.

Esta necesidad ha sido comprendida en los últimos años por IU, que al forjar una alianza sostenida en el tiempo ha demostrado en los hechos como es posible construir la unidad en la diversidad. Pero en esta oportunidad también el PO adoptó públicamente

una iniciativa unitaria, convocando al frente y constituyéndolo con el MAS y otros sectores socialistas. Sin embargo, estos avances no alcanzaron para conformar un polo unitario significativo.

Por un lado, se mantienen agrupaciones que concurren a los comicios con el único propósito de “utilizarlo como tribuna” de sus ideas, sin preocuparse por la transformación de estos pensamientos en resultados. Las elecciones no son mesas redondas, ni cursos de teoría marxista, sino instancias de penetración política que se miden en votos y cargos obtenidos. Por ignorar este hecho se tiende a olvidar que los comicios deberían ser prioritariamente abordados como un terreno de batalla contra los partidos burgueses y no cómo un ámbito de diferenciación con el resto de la izquierda. Y para esta acción hay que afinar además la puntería, con mensajes que la población entienda, evitando por ejemplo un discurso sobre la inutilidad de las elecciones en las que se está participando.

Por otra parte, el retorno a los comicios de una figura prestigiosa como Zamora podría haber contribuido decisivamente a concretar el salto que la izquierda necesita. Pero su reaparición en una lista separada representa un evidente factor de división, cualquiera sea el resultado final de su presencia. ¿Añadir otra lista a las ofertas de la izquierda, no expresa el mismo vicio “aparartista” que tanto se critica al resto de las organizaciones? ¿Cuál es la “horizontalidad” de una lista conformada por sus propios promotores? La confrontación electoral no es el marco para resolver los cuestionamientos que se han formulado contra el funcionamiento de los partidos de izquierda. Estos problemas solo pueden ser modificados positivamente en la militancia cotidiana, en la unidad de acción y en la experiencia electoral conjunta mediante el desarrollo de formas más democráticas de deliberación y resolución de las divergencias.

Pero el saldo más lamentable de la división actual ha sido la frustración del acuerdo IU-PO, por las potencialidades de crecimiento de la izquierda que auguraba ese frente. Fue un avance la discusión previa a través de solicitadas, porque se clarificó que el escollo para un acuerdo no son las discrepancias programáticas, sino el orden de las candidaturas. Aunque existen sobradas coincidencias sobre los ejes políticos de una campaña común, el acuerdo se trabó en la candidatura de Altamira como primer diputado de la provincia de Buenos Aires, que el PO reclamó e IU rechazó.

Este tipo de divergencias es propio de cualquier proceso electoral y no es un síntoma de “electoralismo”, ni de “falta de voluntad unitaria”. La experiencia indica que es muy difícil su resolución a último momento y que solo un proceso previo de selección, organizado en forma transparente a través de internas abiertas (que IU realizó y PO propuso varias veces) podría zanjar esta dificultad. Pero en esta oportunidad el PO se equivocó al plantear su propuesta como un ultimátum e IU tampoco actuó bien al cerrar frente a esa exigencia la posibilidad de un acuerdo. El PO desechó el proceso previo que se necesita para forjar la unidad, pero tiene ganado un lugar de primer orden en las candidaturas por su actividad militante. Por eso, más que discernir cómo deben computarse los votos de las elecciones pasadas, se debió dirimir el orden en las listas tomando en cuenta el papel real de cada dirigente, siguiendo el mismo criterio que impulsa por ejemplo IU al ofrecer candidaturas a Santillán o Castells.

Trabajar activamente por la unidad, promover métodos democráticos y rodear las discusiones de las candidaturas de la presencia activa de todos los partidarios del frente, quizás contribuya en el futuro a un final más feliz de estas discusiones. Por el momento, la Izquierda Unida continúa ofreciendo el canal más adecuado para este proceso, pero su confluencia con otras corrientes socialistas es vital para que no fracase el proyecto de construir una alternativa real de la izquierda.

8 de setiembre de 2001.

claudiok@arnet.com.ar